

No dijiste nada.

O Franco



Capítulo 1

No dijiste nada.

Aún recuerdo cómo me observaste al entrar. Entre todas las miradas perdidas, la tuya se enfocó en mi y de inmediato sentí esa conexión tan especial.

Si a los 16 años de edad alguien se pregunta qué es el amor a primera vista, bien serviría nuestro ejemplo para responder de forma contundente.

Tus ojos miel no sólo brillaban por el reflejo de los rayos de sol que entraba por la ventana, sino debido a esa personalidad curiosa que días después fui conociendo.

Honestamente, tu mirada es lo único que recuerdo de ese primer día. Lo demás es una maraña de gritos, brincoteos sobre las bancas y voces rumorando sin cesar sobre "el nuevo chico".

De las siguientes semanas tengo igual un vago recuerdo. Pero en cada momento estás tú. Tú con esa nariz afilada y labios delgados que te dan un aire de personaje salido del siglo XIV. Tú con unas manos fuertes que se deslizaban sobre los cristales de las ventanas en las tardes lluviosas, para jugar con las gotas que se adherían allí.

Si cierro los ojos, aún puedo ver con nitidez la silueta de cada uno de tus dedos perfectos, entretenidos en unir las gotas, dando vida caprichosa a un hada, a un monstruo o a algún ente divino que eligió ese medio para renacer en nuestra época.

Recuerdo que estaba por cumplirse el primer mes cuando te acercaste a mi. Fue un martes a la hora del descanso. Solo, llegaste hasta donde yo estaba y te quedaste a mi lado inmóvil, esperando a que volteara a verte y de esa forma pudieras constatar que tenía el mismo interés en ti.

Como yo no tenía valor, tomé como pude mis cosas, salí del patio y regresé al aula. Necesitaba recobrar el control de mi respiración, así que me senté en mi silla preferida, la que estaba en el rincón derecho de ese espacio desordenado.

Tú te quedaste allí. No dijiste nada. No en ese momento.

Pasaron los primeros meses y no lograba hacer ningún amigo. Todos me parecían ensimismados en trivialidades como la historia de París o los

anuncios que en la televisión se transmitían.

Desde mi rincón yo te veía de cuando en cuando. Y sabía que tú también lo hacías. Incluso llegué a estar seguro que ambos suspirábamos a la distancia al mismo tiempo. Y juro que casi pude sentir un poco de tu aliento que flotaba en el aire, entre nuestros compañeros, hasta llegar a mi con un suave aroma a madera.

Varias veces me pregunté cómo acercarme a ti. Eras como un imán con un único polo similar al mío y eso nos repelía. Entre más te observaba, más seguro estaba que eras como yo, que te sentías como yo.

Pasaba el tiempo y me enamoraba más de ti, en silencio. Cada día te encontraba mayor parecido conmigo: éramos dos locos sintiéndose diferentes a los demás pero iguales entre sí. Hechos el uno para el otro. Desafiando toda posibilidad para haber llegado al mismo lugar y en el mismo tiempo para estar juntos, sin estar juntos.

Te veía y me llenaba de sueños y deseos de estar contigo. Pensaba en ese primer momento en el que me armaría de valor y sin importarme las reacciones de los que estuvieran alrededor, te tomaría de la mejilla para acercar mi boca y besarte.

Sería un beso suave pero intenso, que nos uniría para siempre. Entonces tú te quedarías sin palabras, sonriéndome. Y tratarías a toda costa de asimilar que ese momento que también tú esperabas, había llegado.

Llegué a ser consciente de que igual tú me mirabas, lo hacías fijamente y por largos ratos. Y yo usaba todo tipo de reflejos en objetos que no podría hoy listar, para observar tu mirada serena. Supongo te imaginabas cómo sería estar tú y yo solos, lejos de todos y de los triviales problemas.

Los meses siguieron avanzando. Yo me aferré a la seguridad que me daba el rincón y tú seguiste sentado bajo la ventana, separados por un gran espacio lleno de opiniones disparatadas que se volvían de vez en cuando preguntas, voces gritonas y ojos que no paraban de juzgar lo diferente en ti y en mi.

Esta mañana todo cambió. Despertar frente a la ventana de mi cuarto llena de gotas de lluvia de la noche anterior, desató en mi una oleada de excitación acompañada de un nudo en la garganta. Comencé a retorcerme suavemente sobre las sábanas, mientras recordaba tus ojos, tu boca, tus dedos. Cada uno moviéndose sin tregua y silenciosamente sobre la ventana, gritando tus mejores secretos guardados, mientras que a contraluz se dibujaba la silueta de tu bien formada espalda a través de la camisa del uniforme.

Repentinamente lo entendí todo: unir los puntos era enfrentar la realidad. Me di cuenta que habíamos llegado al décimo primer mes y eso significaba que estábamos cerca del final del año. El tiempo que quedaba era vil arena que bajaba en un delgado hilo dentro de un reloj antiguo y celestial. Y al irse la arena del todo, también te marcharías tú en otra dirección, sin una razón clara o evidente que te hiciera decidir quedarte.

Sin dejar de pensar en ello, comencé a vestirme. Estaba claro que al llegar al aula no dejaría que ninguna voz me impidiera ir hacia ti. Sentía que con estos meses ya habría logrado desarrollar un antídoto a tu atracción inversa y podría acercarme a tu cuerpo.

Con prisa seguí mi rutina de cada mañana. No podría ahora decirte si comí algo o no. Si bebí algo o no. Si olvidé algo o no. Cuando reaccioné ya estaba frente a ti. Tú sentado bajo la ventana, nuevamente con el sol haciendo de tus ojos un incendio sereno.

Yo de pie con el corazón golpeándome el pecho. Con tal ímpetu como si mi carne fuera un enemigo que le impidiera ser libre y por ello tenía que derribarlo. Dos golpes por segundo, tres golpes por segundo... cada golpe directamente proporcional a mis ansias por tocar tu piel.

Temblando, mi mano se movió casi de forma autónoma y te rozó la mejilla de forma gentil. Primero, los vellos en mis dedos tocaron los de tu barba. Después, nuestro calor se unió liberando un cosquilleo que siendo honesto, era poco en comparación con los pensamientos que habíamos reprimido por tantas semanas y tantos meses.

Los gritos alrededor se desataron. Silbidos, aullidos y otra clase de ruidos se deslizaron hasta alcanzar la ventana en donde estábamos. Y nos rodearon con palabras grotescas e insultos que estallaban en nuestros tímpanos. Gritos de alguien que no entendía o que no sentía lo que nosotros en ese momento estábamos experimentando.

Tú estabas inmóvil con los ojos muy abiertos. Tus labios dejaban pasar entre los dientes un ligero rayo de sol que descansaba en la punta de tu lengua, que provocaba más mis deseos.

Mi otra mano se posó con firmeza en tu cara y de pronto eras mío. Tú rostro era mío por primera vez. Ya no estabas fuera de mi alcance, ya eras mío.

Estaba tan embelesado que un pedazo de algo se impactó en mi nuca pero no me importó.

Tú te estremeciste entrecerrando los ojos. Puedo jurar haber visto una lágrima aparecer y en un instante esfumarse entre los pliegues de tu piel.

Sin que alguien me hubiera dicho cómo hacerlo, instintivamente acerqué mi cara hacia tu boca. Mis labios deseaban ser tuyos.

Repentinamente todo se volvió negro. Mi cuerpo se encontró en el suelo sin poder moverse, adolorido. Sentí un jalón en el brazo derecho que me obligó a levantarme. No veía tu rostro ni nada más. Todo daba vueltas.

Otro tirón y quedé de espaldas. Alguien comenzó a arrastrarme a lo largo del gris y frío espacio, mientras una voz grave y sin emoción decía: "Lleven a este loco a una celda aislada. Si la locura no se le quita, lo maricón sí".

Tú te quedaste allí. No dijiste nada. No en ese momento. No después.